

CONTRA LA AMNESIA

José Luis Argüelles

...

Es imposible entender el movimiento de resistencia y oposición al franquismo, esa perversión histórica que aún permanece enquistada en muchos de los engranajes mentales de la sociedad española, sin conocer en su detalle el esforzado tejido de relaciones humanas que hizo posible la sufrida y castigada empresa de enfrentarse a una de las dictaduras más longevas e implacables del siglo XX. La guerra civil y la posterior represión que siguió a la cruel contienda que desató el golpe de los militares perjuros, a quienes auxiliaron las potencias fascistas continentales ante la vergonzante pasividad de los gobiernos de las democracias vecinas, sumió al país en un pozo de sangre, miedo y silencio en el que sólo unos cuantos irreductibles se atrevieron, desde la valentía moral y el arrojo personal, a alzar su voz para soñar y luchar por un horizonte de libertad. Hablo, claro está, de los hombres y mujeres que pusieron la semilla imprescindible, durante la larga travesía de los años de plomo, prisión y cementerio, para la reconstrucción de un pensamiento crítico y de una actitud civil fundada en la dignidad. Así fue: derrotados, pero no vencidos.

Aquellos gestos de rebeldía organizada hicieron posible, por ejemplo, el importante movimiento huelguístico de los años 60, que supuso, entre otros avances sustanciales, el fortalecimiento de las incipientes Comisiones Obreras (CC OO), alentadas por el PCE, o, ya casi al final de la década, la creación de entidades camufladas en las escasas grietas legales que dejaba el monolítico edificio del franquismo. La perseverancia, la astucia y la osadía se aliaron para encontrar el resquicio que hizo posible el feliz y difícil alumbramiento de la Asociación Amigos de Mieres, una de esas obras que, parafraseando a Gramsci, fue resultado tanto del optimismo de la voluntad como de la beligerancia de la inteligencia.

Ahora, el profesor y poeta Paco Faraldo, conspirador contra el despotismo desde diversas trincheras políticas y culturales, animador de los sueños del iberismo más sugestivo y racional, se ha aplicado a la tarea necesaria y urgente de poner en claro la historia de la Asociación Amigos de Mieres, aquella perspicaz y voluntariosa aventura. Esa investigación era una asignatura pendiente, una impostergable necesidad si queremos conocer, por seguir el hilo de las primeras líneas de este prólogo, uno de los capítulos fundamentales del antifranquismo en Asturias y en sus cuencas mineras, baluartes de la contestación más firme y consistente a la dictadura. Fruto de abundantes pesquisas y conversaciones son las páginas que siguen, una ceñida y apretada crónica de hechos en la que el rigor de los datos o el pormenor de la anécdota permiten reconocer, como ocurre con los mejores reportajes, las líneas

históricas, el marco de referencia, el escenario vital en el que se mueven los protagonistas de este relato coral.

He pensado siempre que es deber de los demócratas oponer a la fabulación tramposa de quienes intentan explicar nuestra transición política como el resultado de un ejercicio de amnesia, como una *tabula rasa*, la compleja narración de los acontecimientos, la descripción del coraje moral de los resistentes – y también víctimas-, el trabajo generoso de quienes se empeñaron en alzarse del suelo de la derrota hacia la altura de la libertad. Nunca vencidos. Y hacerlo, además, sin ocultar las contradicciones, los errores o miserias que afloran en todo grupo humano, porque así son siempre las cosas cuando se opta por la verdad desnuda y resistimos a la reaccionaria tentación de disimular las pistas que dejan las palabras amañadas y el tiempo cómplice.

Paco Faraldo ha hecho un trabajo minucioso pese a las dificultades que presentaba el encargo. La desmemoria también trabaja contra los resistentes y las víctimas, igual que laboran en el mismo sentido las destrucciones de documentos o la falta de archivos. Son obstáculos que quien firma el trabajo que sigue, aun sin ser historiador de profesión, ha superado con tenacidad y rigor encomiables. Confieso que al leer estas páginas y pese al necesario distanciamiento del autor en la descripción y enumeración de fechas, actas, asambleas o personas, el texto me ha transmitido una amistosa emoción al recordar aquellos años en los que la desaparecida Asociación Amigos de

Mieres -en cuyos añorados locales pasaba muchas horas todos los días- formaba parte muy importante de mi vida y de mi crecimiento personal.

Y es que franquéé por primera vez aquella puerta metálica de la calle Aller en 1970 o 1971, cuando yo tenía diez u once años. Mis padres eran socios, así que no tuve demasiados problemas para empezar a frecuentar una sede que, según me advertían algunos de mis amigos de aquella época, era un nido de peligrosos rojos al que no debíamos acercarnos bajo ninguna circunstancia. Yo llegué allí atraído por el ajedrez y los libros, que aún hoy son dos de mis más permanentes aficiones, pero me sedujeron, casi inmediatamente, muchas de las otras actividades (las proyecciones de películas, las audiciones de música, las modestas representaciones teatrales...) que acogían aquellas humildes paredes en las que destacaban una lámina con la Declaración Universal de Derechos Humanos de la Unesco y una pequeña tabla con una regular copia al óleo del famoso retrato que Korda hizo del Che Guevara. Y también me deslumbraron, como no podía ser de otra manera dada mi alimentada curiosidad de siempre -la misma, supongo, que me llevaría años más tarde al periodismo-, las conversaciones de los adultos. Porque uno de los éxitos memorables de la Asociación Amigos de Mieres fue, más allá del innegable y meritorio servicio de cobertura que dio a las fuerzas clandestinas de la oposición democrática, la apertura de espacios de debate ciudadano, de milagrosos calveros en el opaco y tenebroso bosque de la represión. Quiero decir que fue ágora, foro, tribuna, o como quieran llamarle, para el

intercambio de opiniones y el examen libre de ideas. Dicho de otro modo, aquella entidad acosada por la policía político-social, golpeada por los atentados de la extrema derecha, precintada en ocasiones por el capricho del gobernador de turno, era uno de los pocos ámbitos en el que podíamos intentar el aprendizaje de la libertad.

Yo crecí y me eduqué allí, en aquel ambiente de firmeza civil, sentimental e intelectual frente a las férulas de la opresión, junto a combativos mineros y metalúrgicos deseosos de instrucción y cambios, al lado de jubilados insumisos y mujeres rebeldes que oponían el gesto de su verdad a la grisura y el aplastamiento cotidianos. Podría dar aquí los nombres de decenas de personas que con su ejemplo de honestidad, de humilde y discreta labor, me enseñaron que la injusticia sólo triunfa cuando nos resignamos a la provocación de su existencia. Es una lección que no quisiera olvidar jamás y que hoy, cuando aún tenemos motivos para el inconformismo y la protesta, recuerdo con gratitud. La Asociación Amigos de Mieres aguantó todos los embates de la torva dictadura y, en cambio, languideció hasta su desaparición cuando la democracia por la que tanto había peleado era una realidad. Paco Faraldo examina en este libro esa amarga paradoja, los entresijos de un triste final al que contribuyeron la ceguera de unos, las ambiciones de otros y la desidia de casi todos. Que los partidos con representación en el Ayuntamiento de Mieres no hayan tenido aún la sensibilidad y el acierto de rendir un merecido homenaje a la Asociación, auténtico frente comunitario de la lucha

por las libertades, da una idea cabal del momento de indolencia y desconcierto en que vivimos. De esta decepción me consuelan muchas de las páginas que siguen y el sentimiento de que aún tengo el privilegio de considerarme discípulo, amigo, compañero, aprendiz de cuantos hicieron posible la esperanza en momentos en los que la mayoría, temerosa o complaciente, miraba para otro lado.

.....